

¿ONG o USA?

Entre la defunción de la Guerra fría y el nacimiento de la Guerra global contra el terrorismo, la desorientación geoestratégica mundial convirtió a la acción humanitaria en una estrella de las relaciones internacionales. En la década de los 90, la ONU y los Estados dominantes inventaron la “diplomacia humanitaria” y la transformaron en una pieza clave de su política exterior. Unas veces sirvió para enmascarar la pasividad oficial, como sucedió en 1994 con el genocidio de Ruanda que acabó con la vida de 800.000 personas. En otras ocasiones fue la coartada que legitimó la violencia militar, caso de la ‘guerra humanitaria’ que la OTAN llevó a cabo en Kosovo en 1999. Durante aquellos años, muchos advertimos sobre los riesgos de la manipulación, hipócrita e interesada, de los principios humanitarios por parte de unos gobiernos y ejércitos que eludían sus responsabilidades disfrazándose de ONG.

La Operación Libertad Duradera, liderada por EEUU en territorio afgano, puso otra vez en evidencia los peligros congénitos del matrimonio militar-humanitario, tanto para las organizaciones de ayuda como para la población civil. El escándalo llegó en forma de lanzamientos de bombas acompañadas de raciones de comida, servidas con violaciones sistemáticas del derecho internacional más elemental: cierre de fronteras; destrucción de mezquitas, hospitales, barrios civiles, oficinas de organismos extranjeros y almacenes de ayuda; minado indiscriminado; detenciones ilegales; masacres de combatientes desarmados... Pero Colin Powell pronto dejó claro que los tiempos habían cambiado y que la recién estrenada lucha contra el terror justificaba todos los medios.

En el nuevo mundo del Secretario de Estado norteamericano, el terrorismo también amenaza a las ONG porque son organizaciones que “con su entrega y sacrificio defienden las fronteras de la libertad”. Para la Casa Blanca las ONG constituyen una fuente esencial de información e inteligencia, “son fuerzas multiplicadoras y parte esencial del equipo de combate USA”. Así pues, se acabaron los ejércitos humanitarios, el culto a los derechos humanos y los escrúpulos legales tan característicos de finales del siglo XX. Los soldados vuelven a ser soldados y los desorbitados presupuestos de defensa son más necesarios que nunca. El derecho de la guerra recogido en los Convenios de Ginebra se ha transformado en un código obsoleto, un reglamento que puede ser transgredido sin miramientos porque no está adaptado a los conflictos de enemigos difusos que ahora nos acechan. En el planeta Bush, las ONG no son más que un accesorio militar útil a la victoria final.

Doce meses después de la desaparición del régimen talibán, la coalición internacional desplegada en Afganistán controla los principales puntos de entrada de ayuda humanitaria en el país. Los estrategas del Pentágono manipulan la distribución de la asistencia y dirigen los movimientos de los miembros de las organizaciones garantizando la seguridad sólo donde les interesa. Hoy, aviones de combate hacen saltar por los aires al centenar de invitados a una boda. Mañana, el cuerpo de ingenieros zapadores perfora pozos de agua y repara canales de riego para paliar los efectos de la sequía en las comunidades rurales. De madrugada, un equipo de las fuerzas especiales pone patas arriba un poblado en busca de supuestos miembros de Al Qaeda. Por la tarde, una clínica móvil militar ofrece atención sanitaria y medicamentos gratuitos a los sufridos afganos. En Kabul, soldados uniformados reparten harina y mantas desde vehículos de camuflaje. En Kandahar, soldados de civil sin armas visibles viajan en coches blancos y explican a los desplazados que forman parte de una operación solidaria que persigue facilitar el trabajo de las ONG. En Mazar-e-Sharif, agentes de la CIA ofrecen ayuda humanitaria durante los interrogatorios a cambio de colaboración.

Esta perversa impostura humanitaria confunde a los civiles y a los combatientes afganos poniendo en peligro las vidas de los cooperantes y el acceso a las víctimas. La tradicional relación de confianza entre la población local y las ONG, construida a lo largo de muchos años de trabajo en el país, se está desmoronando. Al llegar a una aldea, los lugareños reciben con recelo a los humanitarios, se preguntan si no serán militares estadounidenses en misión secreta. Temen que después del pan vengan las bombas y en varias ocasiones han rechazado la asistencia ofrecida y pedido a los representantes de las organizaciones que abandonen la zona. Los asaltantes de caminos, cada vez más numerosos, y los guerrilleros de facciones opuestas al nuevo régimen de Kabul disparan primero y preguntan después, no vaya a ser que el coche con logotipo de ONG en la puerta esté repleto de soldados en tejanos armados hasta los dientes.

Al diluir la línea que separa la agenda humanitaria de la militar e instrumentalizar la ayuda para alcanzar objetivos políticos, las acciones de la coalición internacional dificultan la recuperación de Afganistán y amenazan la vida de millones de personas que dependen de la asistencia externa para sobrevivir. Cuando los ejércitos matan con una mano y desempeñan tareas humanitarias con la otra, la ayuda pasa a ser un

elemento más de la lógica bélica y el acto humanitario es considerado un acto de guerra por las partes enfrentadas. Ello pone a los cooperantes y a las ONG en el punto de mira al ser percibidos como ‘objetivo militar legítimo’ y limita su capacidad de actuación en detrimento de los civiles inocentes.

La verdadera acción humanitaria independiente, neutral e imparcial, motivada tan sólo por las necesidades de la población, va camino de convertirse en una víctima más del 11-S.

Jordi Raich

Analista de Médicos Sin Fronteras

Autor del libro *Afganistán también existe*